



Al fin Ignacio se decide a hablar, incapaz ya de dominar sus nervios, tensos como alambres.

—¿Quién and'ahí?

A su voz, ahuecada ex profeso con la intención de infundir respeto al importuno, responde otra voz también masculina, aunque más baja y contenida, que no consigue esconder la inquietud que tiembla en ella:

—Gente güena, amigo.

—¿Pero quién es? ¡Nómbresé, pues!

—¡Abra que vengo apura!... No soy del pueblo... Usted tal vez nunca me hayga visto la cara. Pero pal hombre capaz de una gauchada eso no importa. ¡Abramé, compaño.!

La voz extraña, más que pedir, parecía ordenar, cosa que no produjo buen efecto en el ánimo de Ignacio. Sin embargo, algo que no sabía explicarse le impulsaba a pasar por alto ese detalle y darle una manito al hombre. Quizás fuese el acento entero, viril, de aquella voz. Quizás el efecto de aquella palabra tan linda, de la palabra amigo, que él no estaba acostumbrado a escuchar...

Porque a él nadie lo quería bien en el pueblo. Los vecinos lo saludaban entre dientes, como de mala gana, evi'ando entablar conversación, rehuendo su presencia sin ningún disimulo. Y todo por culpa de su malhadado oficio. Desde que le diaran los de la Junta Auxiliador el cargo de sepulturero, había ido perdiendo poco a poco el contacto con sus semejantes, viendo enfriarse paulatinamente sus más antiguas relaciones. Apenas si le quedaba el afecto descolorido de su mujer, a la que dismi-

—**T**AN apitando juerte y parejo los milicos. ¿Sentsis?

Isidora alza la cabeza, apoya un codo en la almohada y escucha, colocándose las manos detrás de las orejas para poder oír mejor.

Un pito policial agujerea con su silbo continuo y angustioso la noche de junio, vidriada de escarcha.

—Y me está pareciendo que es por aquí cerquita nomás el chiflerío...

—Sí... Suenan pol lao del cementerio... Tal vez sea en lo del viejo Casiano... ¿No te acordás que había armao lotería pa esta noche?

—Es verdá. Capaz que algún mamao hayga querido manosiarse la gurisa... D'igo yo, de hablador que soy...

Dos detonaciones casi simultáneas cortaron el diálogo. Y tras brevisimo intervalo sucedieron otras tres, apenas espaciadas.

Se oyeron voces y carreras de gentes que acudían a los tiros. Aquí y allá ladraban su miedo los perros, en un desconcierto que acabó de hacer añicos el silencio nocturno.

Ignacio quiso incorporarse y manotear su bombacha para salir a la zaga de los curiosos. Pero la mujer se le abrazó al cuello, trémula y suplicante:

—¡Qué vas a hacer! ¡No seas loco!

Reconoce que Isidora tiene razón y opta por queda se quieto, murmurando:

—Ta visto. No tiene uno necesidad de comprometerse al áudo.

Frente al rancho se oyó en ese momento un tropel de hombres a caballo. Eran policianos. Los denunciaba el estrépido de los sables, "latiando" dentro de las veinas flojas. Una de las b'at'as tra'ós las patas en un pedazo de alambre y estuvo a punto de rodar. Ignacio y su mujer percibieron nítidamente la "tostadera" del jinete, que protestaba a gritos, insultando al animal.

# IGNACIO

Por SERAFIN

J. GARCIA

—Ese, por lo aferventao y boca sucia, debe ser el suficial Malaquias —susurró Isidora al oído de su compañero.

—En fija que sí. Tiene una lengua pior que baraja de esquila.

—¡Psich! ¡Psich! ¡Calláte y escuchá, pues!

Otra vez concentran su atención en los ruidos que les llegan de afuera, buscando a través de ellos el camino de los hechos.

Siguen alborotando la calle grupos de gente empujada por la novelería. Hombres y mujeres convergen en el vórtice succionador del misterio, en el ansia de aproximarse al ignorado drama que acaban de pregonar las balas con su trágica voz.

Hasta la pareja expectante, vuelta toda oídos, llegan frases truncas, pedazos de comentarios que no aportan ninguna luz, ningún detalle revelador del acontecimiento.

De pronto, suenan en la puerta que da al patio del rancho unos golpecitos rítmicos, como dados por mano urgida y nerviosa.

Ignacio y su mujer se plan al mismo tiempo la llamita movediza de la vela y se quedan aguardando, suspensas la respiración, la vida entera pendiente de esa puerta que las tinieblas acaban de ensullir.

Pese al silencio y a la oscuridad, los golpes se repiten una y otra vez, con intervalos de escasísimos segundos. La endable puerta tiembla al impulso de los nudillos premiosos del que llama.

nuía también cada vez más aquella inmerecida soledad, aquel amargo aislamiento a que en forma tan injusta les condenara el pueblo...

Tal vez fuera por eso que la palabra amigo le sonaba tan bien en los oídos, induciéndole a realizar la "gauchada" que se le pedía. Y a pesar de los codizos de Isidora, en quien predominaban el sentido común y el egoísmo, dijo al hombre desconocido que continuaba aguardando su respuesta:

—¿Cómo no le voy a abrir, compañero? ¡Aquí vive un oriental, pa que lo sepa!

Zafóse de las manos de su mujer, que intentaba sujetarlo por los faldones de la camisa, volvió a encender la vela y metiendo con rapidez las piernas en la bombacha de "rusa" casineta, corrió resueltamente a descorrer la tranca de la puerta.

Una vez que lo hubo hecho, invitó al forastero a franquearla con un ademán cordial, en tanto le decía:

—Dentre sin cumplidos, amigo. Y no se vava a fijar que es casa p'rr...

Entró de p'ria el otro, b'luceando excusas. Volvió Ignacio a echar la tranca y después se le acercó con ávida curiosidad, examinándole de arriba a abajo. Era un mozo fornido, bien "empilchan" a la criolla, de manos y ojos inquietos y con un revólver "44" asomando por debajo del sa-

(Continúa en la página 52)

## IGNACIO

(Continuación de la página 14)

co su cañón niquelado. Tenía las ropas y el rostro cubiertos de salpicaduras de sangre y en la palma de la diestra una especie de tatuaje azulino, producido sin duda por la pólvora.

Antes de que el dueño de casa se preguntara, comenzó a explicar el suceso en que fuera protagonista:

—Yo soy tropero, ¿sabe? Nunca habíam entrado a este pueblo. Hoy, como anoche, me fui con los chicos y los compañeros hacían la ronda me dió permiso para venirme en una escapadita hasta aquí. Uno es hombre, ¿no es verdad? A veces me da ganas de chupar algún trago, de escuchar una guitarra, de arrimarse a una mujer... Pero le garanto, como Juan Meléndez, que me yamo, que pelié obligado. Me provocaron y tuve que endurecerme. ¿cáscara, ¿comprende?...

Ignacio no lo dejó terminar:

—Yo no le estoy averiguando nada, amigo. Me basta con saber que anda apurado y que precisa una mano. ¿En qué puedo ayudarlo?

El otro no pudo disimular su sorpresa. Lo quedó mirando de hito en hito, con los ojos muy abiertos. Isidora, amparada por el biombo de bolsas que dividía en dos la única habitación del rancho, oía absorta las palabras de su marido, a través de las cuales éste apreciaba como un hombre nuevo, contrastando con el opaco y frío molde cavador de tumbas que había sido hasta entonces.

—Desembuche nomás, don Melgarejo. ¿En qué puedo ayudarlo? —repitió Ignacio.

—Esté... Si no le es incómodo, me deja guarecerme en su rancho hasta mañana de noche o hasta pasado, asíguelo. En cuanto la milicsda facilite, me alzo para Brasil y a usted no lo comprometo por nada.

—Ni una palabra más, amigo. Está en su casa. Arme cama por ahí, en cualquier rinconcito. Yo le puedo emprestar mi poncho y una almuada. Pero con todo, me preocupa que la lechiguana va a ser gordaza.

Y así diciendo, Ignacio sonrió, contento de poderle ser útil a una hombre que, al conocerle, le había llamado amigo.